



NÚM. 125

BARCELONA, 28 SEPTIEMBRE 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

# SERENATAS



La verdad es que mi sobrina Guadalupe, dicho sea sin apasionamiento de tío, vale un *pitisi*, como dice su madre por decir un potosi.

¡Con qué gusto la tuve yo en mi compañía el verano último! ¡Qué par de meses me hizo pasar atendiéndome, cuidando las plantas de mi jardín, haciéndome platos de dulce y, sobre todo, alegrando mi vida con sus ocurrencias, sus cánticos y su carácter bullicioso!

Si la hubieran alejado de mí, hubiéranme dejado como el borracho á quien privan del vino, como el sacristán á quien le quitan el órgano. ¡No lo quiero pensar!

En fin, la permanencia de Guadalupe en mi casa de campo constituía una verdadera felicidad para mí. Pero en este pícaro mundo no hay dicha completa.

Los mozos del pueblo, enamoradizos como ellos solos y aficionados á obsequiar con serenatas á las muchachas bonitas, dieron en la flor de cortejar á Guadalupe musicalmente con las circunstancias agravantes de ensañamiento y nocturnidad, y al propio tiempo que á ella la levantaban de cascos, á mí solían hacerme levantar del casto lecho á eso de la media noche para vigilar el acto sonoro.

Yo tenía ya colocados en la boca del estómago todas las bandurrias del pueblo y aglomerados en mi memoria todos los cantares que solían disparar á mi sobrina con los morros pegados á la reja del mejor cuarto de la casa, que era el que ocupaba la festejada joven.

—Ea, vamos á cantar y á tocar á Guadalupe,—se decían todas las noches los trovadores rústicos.

Y así como de lo segundo se hubieran guardado muy bien, de lo primero abusaban que era un primor.

Á la chica le sonaban muy bien las lisonjas de los flarmonícos rondadores; pero yo llegué á maldecir el constante rasqueo de la guitarra y á sentir como si diariamente me rasgaseen las entrañas más distinguidas. La mimada Guadalupe, contraviniendo á las indicaciones de su tío, escuchaba desde la ventana las canciones con la boca abierta, y aquella boca tan chica y aquella ventana tan grande no solían cerrar-

s: hasta muy entrada la noche. ¿Cómo evitar aquellos desabogos sin contrariar á Guadalupe?

Ignoro quienes inventaban las coplas; sólo sé que las había para todos los gustos: eróticas y heréticas, dulces y amargas, tristonas y chirigoterías, alusivas y abusivas, no pasando las más de ser flojas ó insustanciales. Entre otras varias, encaminadas á hacer creer á la chica que era una rosa, una perla, un lucero, un edén, un ángel, una paloma y hasta una col de Bruselas, observé que la más repetida de las coplas era una que, procedente del estro poético del mayoral del alcalde, así decía:





«Guadalupe, Guadalupe,  
por mirar tus lindos ojos,  
soy capaz de andar descalzo  
desde Ceuta hasta Logroño.»

Los mozos se desahogaban por cifra junto á la reja de la esquina. Comenzaban por cantar á Guadalupe la jota y acababan por cantarle todo el alfabeto, despertando pasiones en el interior de la joven, mientras despertaban á la familia en el interior de la casa. Era preciso que una circunstancia providencial sobreviniera para que sin violencias terminara todo aquello.

Y la circunstancia vino repentinamente cierto día en forma de don Guadalupe Bizcotela, amigo mío tan respetable como indigesto, canónigo de Tortosa gran parte de su vida, bizco del ojo izquierdo contra toda su voluntad, tuerto del derecho por la fuerza de la costumbre y dotado de un carácter tan agrio, violento y enemigo de bromas que no se le podía sufrir, constituyendo una verdadera calamidad para la casa en donde caía. La presencia de persona tan respetable y regalona exigía de mí todas las atenciones imaginables y desde luego instalé á don Guadalupe en el mejor aposento de la casa; en el que ocupaba ordinariamente mi sobrina, siendo inútil advertir, que antes de posesionarse de la habitación el canónigo tuerto, salió de ella mi Guadalupe, que perdió su alojamiento bien á mi pesar, pues la quiero como si la hubiera llevado en las entrañas por lo menos un trimestre.

Llegó la noche del día en que don Guadalupe Bizcotela me sorprendió desagradablemente con su visita, y el buen señor, después de rezar en latín y cenar en castellano, se encerró en su nuevo dormitorio, entregándose bien pronto á las dulzuras de un sueño tranquilo y reparador, á pesar de ser tuerto y bizco.

Todos nos acostamos á la hora de costumbre; y aunque el malhumorado canónigo sabía más que nosotros en materia de concilios, á conciliar el sueño aquella noche no nos ganó ciertamente.

Mas á las dos horas de reinar el silencio y el reposo en mi caserón, ocurrió lo que yo no había previsto, y fué que los consabidos gañanes líricos, bien ajenos del cambio realizado se acercaron á la reja de la esquina, y después de templar las bandurrias con esmero y las garzantas con vino, lanzaron al viento sus amores» canticuelas, principiando como siempre por la copla que decía:

«Guadalupe, Guadalupe,  
por mirar tus lindos ojos  
soy capaz de andar descalzo  
desde Ceuta hasta Logroño.»

Como los concertistas extrañaran que mi sobrina no se ayo mase á darles el consabido rato de palique, repitieron la copla siete veces y cada vez más recio, hasta que el canónigo, turbado en su sueño y fijándose en lo relativo á los ojos, salió á la ventana hecho una furia eclesiástica, y no se sabe qué efecto fué más extraño, si el suyo al verse tratado así por los mozos, ó el que á éstos les causara la inexplicable sustitución de mi linda sobrina por un presbítero tuerto que en calzoncillos y con sombrero de teja, dedicaba á los guitarristas y á sus señoras madres no pocas frases de las que no están en los cánones precisamente. Y lo más chusco del caso es que el reverendo señor me atribuyó á mí la burla, regañó conmigo y se fué del lugar, surgiendo de modo tan inesplicable la solución del conflicto, pues á la vez que el huésped, desaparecieron los molestos rondadores de mi sobrina.

Y colorín colorado.  
Lo que acabo de contar  
ignoro si habrá pasado,  
pero ha podido pasar.

JUAN PEREZ ZUÑIGA





BAJO EL MOLINO, por David Murray



## EL SERMON DE LA MONTAÑA

Cinco reales diarios, para él solo, tenía D. Blas cura párroco de Villahonda. De cuando en cuando un devoto ó devota, le mandaba decir una misa y le daba una peseta ó dos reales con lo cual solía el buen sacerdote hacer limosnas á los muchos pobres que los sábados acudían á su puerta.

A pesar de la estrechez con que vivía se hallaba el hombre satisfecho de su suerte: sus feligreses eran gentes piadosas y le tenían tanto amor como respeto; la ignorancia tenía en Villahonda su asiento, pero la misma bondad de carácter de sus habitantes hacía posible la vida en aquel pueblo á las personas más ilnstradas.

—Son ignorantes pero buenos,—repetía D. Blas con frecuencia,—temen á Dios y ese es el principio de la sabiduría. Cuando predico tengo la seguridad de que me entienden perfectamente.

Había una cofradía encargada del culto de la Virgen de las Flores, patrona de Villahonda, y todos los años, cuando llegaba la fiesta, los cofrades echaban el resto hasta el punto de dar á D. Blas la excesiva suma de cuarenta reales por el sermón. Como esta era la mayor retribución que cobraba el buen cura por sus servicios en todo el año, no hay para que advertir con cuanto celo estudiaba lo que iba á decir en la cátedra sagrada. Puede decirse que al acabar el sermón de un año ya comenzaba á pensar en el del año siguiente, porque la cuestión era hacerlo completamente nuevo y no repetirse nunca como hacía el párroco anterior según contaban los viejos del pueblo.

Se aproximaba la festividad de la Virgen el año 1889 cuando los cofrades fueron llamados con urgencia para celebrar una junta en la casa del Presidente, que era el alcalde del pueblo. Las juntas eran siempre en la sacristía y muy pocos días antes del de la Virgen: el sitio y la época, pues todavía faltaban dos meses para la fiesta, puso en alarma á todo Villahonda.

¿Qué pasaba?

El alcalde presidente de la cofradía lo decía conforme iban llegando los cofrades. En el pueblo vecino de Villalba donde se celebraría dentro de quince días la fiesta de San Antonio, su patrón, el ayuntamiento había acordado traer para que hiciera el panegírico del santo nada menos que á un canónigo de la catedral.

Eso era una ofensa para Villahonda y para su Virgen á la que se debía contestar en el acto. Así lo acordaron todos. Y la contestación no podía ser más que una; si en Villalba predicaba un canónigo, en Villahonda debía predicar otro, costase lo que costase; si para hablar de San Antonio se buscaba una palabra acostumbrada á resonar en las catedrales, la Virgen no merecía menos y era necesario buscar el mejor orador que hubiera en la diócesis y que además tuviese la categoría eclesiástica más elevada posible.

D. Blas se enteró de todo esto por la criada del alcalde, que se apresuró á contarlo al ama del párroco: al principio no creyó que sus feligreses fueran capaces de prescindir de su palabra en el día de la Virgen, pero aunque dando muchos rodeos á la cosa, el alcalde le confirmó la noticia.

A punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas al cura cuando adquirió la evidencia de la noticia, pero tuvo ánimos para hacerse el valiente y para aplaudir el acuerdo. Solo se atrevió á decir:

—Eso va á costar mucho.

—No importa,—replicó el alcalde,—la Virgen es lo primero.—Y D. Blas no se atrevió á decir que la Virgen no tendría nada que oponer á que cantase sus alabanzas el mismo sacerdote de todos los años y que en aquello más que amor á la Virgen lo que había era vanidad de aldea.

Llegó el día de la fiesta y se presentó en el pueblo el canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la provincia D. Aniceto Carreras, hombre fastuoso dentro de su estado y que tenía su vanidad principalmente en el vestir. ¡Qué contraste con D. Blas! El canónigo llevaba la sotana y el manto de seda, crugían los hábitos cuando andaba, como la falda de una dama, y su sombrero pequeño y reluciente se parecía tanto á la pesada y enorme teja de D. Blas como el paviero del paleta de la Manola al finísimo clak que se lleva en los salones.



Y no hay para que pintar el asombro de cofrades y comadres del pueblo cuando para subir al púlpito sacó D. Aniceto Carreras de una bolsa de damasco encarnado la sobrepelliz de batista cuidadosamente rizada por las monjas.

Aquel era un sacerdote de veras y no D. Blas, pensaba el alcalde y poco más o menos opinaban todos disponiéndose a oír un sermón que tendría que corresponder á tanta seda y tanto encaje.

El canónigo empezó su plática ¡Qué palabra! Aquello era correr. ¡Qué diferencia de D. Blas que tardaba un siglo de vocablo en vocablo! Eso sí, como entenderle no le entendía nadie. ¿De qué hablaba? Debían ser cosas muy buenas, pero que nadie comprendía.

—¿Quién es ese Lutero?—preguntaba el Alcalde al secretario por lo bajo.

—No caigo,—contestaba el secretario,—y eso que me sé de memoria todo el padrón de vecinos.

Y el Sr. Carreras que predicaba sobre las consecuencias de la Reforma, asunto que ya había tratado en una porción de sermones, seguía cargando la mano contra Lutero y contra Calvino y contra todos los protestantes para venir á parar en que todas las libertades modernas eran hijas de aquellos herejes. Cuando acabó, hacía mucho tiempo que el auditorio no le escuchaba. Las mujeres habían tomado el partido de dormirse y los hombres pensaban en sus respectivos asuntos. El sermón parecía eterno como todo lo que no se entiende.

Acabada la misa, fueron según costumbre á almorzar al ayuntamiento el Alcalde, los principales



cofrades, el predicador y D. Blas que marchaba triste y humillado. Era el único que había entendido el sermón. Y pedía perdón á Dios por no haber estudiado tanto como aquel señor para poder enseñar cosas tan buenas á los fieles. Porque D. Blas creía que todo el mundo había entendido al canónigo.

Apenas se hubieron sentado en la mesa cuando D. Aniceto que la daba de inteligente en bellas artes se paró en un cuadro que había en frente de él. Representaba á Jesucristo predicando el sermón de la montaña. El canónigo después de un minucioso exámen exclamó:

—Este cuadro vale un dineral.

—Eso nos dijo un pintor que estuvo aquí hace un año,—contestó el alcalde.—y hasta lo quiso comprar, pero del pueblo no saldrá nunca aunque den el oro y

el moro.—El almuerzo era abundante, sobre todo en vino, y el alcalde que todos los años se emborrachaba, en aquel día menudeaba las libaciones. La conversación versaba sobre el sermón; los que no lo habían entendido lo elogiaban mucho y el Sr. Carreras gozaba interiormente pensando injustamente que el pobre párroco se mortificaba con los aplausos de que él era objeto.

Era la catedral aplastando á la iglesia pobre.

El alcalde seguía bebiendo y como la última idea que tenía en la cabeza, antes de que el alcohol hiciera su efecto, era el cuadro alabado por el canónigo, allí se concentró su atención después de haber bebido. Con la pesadez propia de los borrachos no habló ya más que del mérito de la pintura hasta que llegó un momento en que con gran esfuerzo se puso en pie y gritó:

—Callarse, que está tan bien hecho ese Jesús que mesmamente le escucho.

Algunos comensales prorrumpieron en una carcajada, pero el alcalde volvió á imponer silencio y añadió:

—Habla como D. Blas porque yo le entiendo y le entienden todas esas gentes que están ahí juntas. D. Aniceto se mordió los labios y el párroco fué de su asiento al del alcalde para ver si con su autoridad impedía nuevas inconveniencias.

¡Pero bueno estaba el alcalde para hacer caso á nadie!

—Que le entiendo como á usted,—continuaba diciendo,—y mirele usted á que gente predica. ¿Cómo iban á entender esos á un canónigo?

—Pero no me haces caso á mí,—replicó D. Blas,—calla y habla de otra cosa.



Esta frase conmovió al alcalde con la facilidad que todo borracho tiene para conmoverse y abrazándose á D. Blas le dijo:

—Sí, le hago caso y tanto más cuanto que usted al que representa á ese, —y señalaba al cuadro, —porque lleva unos hábitos raídos como usted y va derecho como va usted, siempre con esos zapatos rotos y no lleva usted esos faralases de seda, ni zapatines de charol con esas hebillas, ni...

No se oyó más porque D. Blas durante las anteriores frases había retirado á viva fuerza al alcalde de la sala capitular.

Cuando el pobre cura después de dejar al alcalde seguro en las manos de su mujer volvió para dar una explicación al canónigo, éste había abandonado el local y el pueblo.

D. Blas echó una mirada al cuadro y le pareció que la figura del Salvador asentía á las palabras del alcalde.

—Perdón, Dios mío, —exclamó interiormente, —porque esto es vanidad; yo no he bebido vino.

EMILIO SANCHEZ PASTOR

## EL ARTE MODERNO

Weguelin conoce admirablemente la antigüedad helénica, y pocos son los que penetran tan adentro en su intimidad, de lo cual resulta que trata con igual seguridad y firmeza los asuntos griegos como entre nosotros podrían tratar Raffaelli ó Stenlein los asuntos populares.



BACO Y LAS NINFAS: cuadro de Weguelin

Baco, —el *Dyonisos* helénico, —es uno de los dioses que ha sido objeto de mayor número de mitos, lo cual se explica por haber sido transportados á la tierra y aplicados al culto de la vid los mitos á él referentes como días de la ambrosia celeste.

Aunque la traición griega ha hecho viajar á Baco por la India, no es ahí donde nació la viña, pero es probable que el culto védico del *Soma* hubiese sido aplicado al vino en Persia, el Asia Menor y Grecia.

El mito helénico había hecho de la Vid un compañero y amigo de Baco, bajo la forma del joven Ampelos, y al mismo tiempo una Ninfa amada del dios, bajo el nombre de Estafía. Tanto Baco como las Bacantes, Sileno, Rhea, la Buena Diosa (*Bona Dea*), las gracias, la diosa Alegría (*Lactitia*) van coronados de pámpanos.

El culto á Baco es el único de los que en vez de decaer y extinguirse, ha ido adquiriendo más prosélitos, hasta constituir hoy, con el nombre de *alcoholismo*, uno de las plagas más horribles de la humanidad, de tal manera que hay para maldecir á Baco, las Bacantes y todo lo que á ellos se refiere. Lo que se creía una bebida sana y conveniente, resulta ser un veneno de los más letales, que ocasiona cada año centenares de miles de víctimas, al mismo tiempo que agrava multitud de padecimientos que sin su intervención no serían mortales.



## LO SUPERFLUO

El origen de la mayor parte de las desdichas públicas y privadas, es el insensato y constante afán de adquirir y de sostener lo superfluo.

El país más dominado y más pobre se convertiría en nación rica, desahogada y poderosa, si todos sus hijos tuvieran fuerza de voluntad para poner á dieta el ansia de lo superfluo durante cuatro ó cinco lustros.

Entrad en una población de importancia, recorred las calles, visitad las habitaciones, y veréis que el culto de lo superfluo domina y absorbe manteniendo sobre todas las voluntades una tiranía feroz y ruinosa.

Examinad prolijamente las tiendas, y comprenderéis que de cada cien sobran noventa y cinco. Suprimidas éstas de golpe, nadie sentiría necesidad absoluta de establecerlas otra vez.

Casi todas las maravillas de la ciencia y del arte son entretenimientos recreativos que no hacen falta para vivir.

El rico vive en un palacio, y el pobre en una choza. Pero el estómago, la piel y el alma del rico no son superiores á los del pobre. La riqueza no ha inventado procedimientos para agrandar el estómago, immortalizar la piel y salvar el alma. Generalmente, el rico, á pesar de las comodidades que le rodean, se muere antes que el pobre y se va derecho al infierno.

Suprimiendo cada individuo las cosas que realmente no le son necesarias, el capítulo de los gastos se reduciría de un modo asombroso.

Por ejemplo: vamos á entrar en una fonda y á pedir una comida de tres pesetas.

Lo primero que se nos meterá por los ojos es la mesa para comer y la silla para sentarse.

Puesto que hemos de apoyarnos en la mesa, sobre el respaldo de la silla. ¿Cuánto vale el respaldo? Pongamos dos pesetas y media. ¿Cuántas sillas hay en la fonda? Pongamos cuatro docenas. Resultará que en 48 sillas se ha hecho un gasto superfluo de 580 reales.

Veamos la mesa: tiene puesto un mantel, que para nada me hace falta: una copa para el vino, que sobra, porque el vino sobra también: tres ó cuatro cubiertos, cuando con uno tengo bastante: una botella y un vaso para a. u. a, que podrían sustituirse con un botijo: un salero, inútil, porque la sal puede ponerse en un papel: y un vasito con palillos para los dientes, verdadero derroche, porque con un palillo que me dejara el mozo en la mano estaría yo bien servido.

Comienzo á comer, y me traen todas estas cosas superfluas: la sopera, el cucharón, las fuentes portadoras de manjares que yo he de comer en el plato, las cucharas que ponen en las fuentes, y varios platos limpios que podrían suprimirse sin desdoro.

Total: la batería de trabajos inútiles, que además de ser inútiles son frágiles, cuesta, por lo menos, cincuenta pesetas. Si hay veinte mesas en la fonda, suma este





gasto cuatro mil reales, y unido al de los respaldos de las sillas y á otros que, para no cansar, no anúmero, hace subir el capítulo del lujo á más de cinco mil reales, cantidad que podría servir para mejorar la comida. ó para rebajar el precio del cubierto, ó para cumentar los ahorros del amo.

Si, en vez de visitar una fonda, visitáramos una casa, ballaríamos en cada habitación ¡la mar de objetos superfluos! Verbigracia. el felpudo para limpiarse las suelas de los zapatos, el paragilero, las tres cuartas partes de las sillas y de las alfombras, todas las colgaduras, las mcsas de noche, el 99 por 100 de los espejos, casi toda la batería de cocina, los cuadros, los chismes de tocador, la mayor parte de la ropa y de la vajilla, los adornos, las macetas, los animales, y hasta una mitad de los vecinos de la casa.

Imaginemos que una nación de 17 millones de habitantes gasta diariamente diez pesetas por individuo (cálculo general, sumando á los ricos con los pobres). Imaginemos también que obediendo una orden gubernativa ó un noble arranque voluntario, cada persona se despoja de lo superfluo y reduce sus gastos en un 50 por 100. ¿Qué resultará? Un ahorro nacional, diario, de 17 millones de duros: ahorro que, en un mes, ascendería á 510 millones; y en un año bisiesto, á 6 222 millones de duros, que son más de 31 000 millones de pesetas. Luego en 20 años, (aunque no fueran bisiestos), podría reunir el país la enorme suma de *seiscientos veintidós mil doscientos millones de pesetas*, que equivalen á *dos billones, cuatrocientos ochenta y ocho mil ochocientos millones de reales* (1).

Creo que con esta cantidad podría España nivelar su presupuesto, y comprar desahogadamente el Banco de Londres, y el de Terranova. y el estrecho de Gibraltar.

Y ya ve usted, señor Director, cuan pequeño es el sacrificio que propongo: ¡la reducción de la mitad de los gastos, que es mucho menos que la supresión de lo superfluo.

Yo no le digo al ciudadano particular: *«abstente de tomar café y de fumar tabaco.»* No señor: yo me limito á decirle: *«si tomas dos tazas de café cada ata, toma una sola, si fumas un pitillo, fúmate medio; si piensas casarte á los veinte años, cádate á los cuarenta.»*

No puede ser más módica mi pretensión.

Explicado ya mi proyecto, ¿cree usted, señor Director, que soy digno de que me den la cartera de Hacienda?

¡Pues ya verá usted como no me la dan!

¡Así está España!

J. P. Q. GÓMEZ

(1) No se el he sumado los años bisiestos con los no bisiestos, ó si todos los he puesto bisiestos, ó si no hay bisiestos en mi cálculo. Son tantos los millones que tengo en la cabeza, que á nadie sorprenderá una pequeña equivocación en mis operaciones matemáticas.

## LA SARDANA



LA SARDANA EN LA PLAZA MAYOR DE OLOT EN LA FESTIVIDAD DE LA VIRGEN, 8 DE SEPTIEMBRE

Juan Maragall, el poeta *más nuevo* de Cataluña, el que mejor traduce, quizá, las emociones despertadas por la Naturaleza y la Patria ha cantado la *Sardana* en estos magníficos versos de ritmo análogo al de aquella:

La sardana es la danza más bella  
de totes les dances que 's fan i es desfan,  
es la mobil magnífica anella  
que am pausa i am mida va lenta oscil·lant—  
Ja s'acanta á la esquerra i vaci-la,  
ja volta altra volta á la dreta dubitant,  
i sen torça i retorna intranquili-la,  
con mal orientada l'agulla d'imant.  
Fixa-a no pot i es datura com ella...  
Del contrapunt arrancante novella,  
de nou va voltant.  
La sardana es la dança mas bella  
de totes les dances que 's fan i es desfán...

(La sardana es la danza más bella—de todas las danzas que se hacen y se deshacen,—es la movil magnífica anilla—que con pausa y con medida va lenta oscilando.—Ya se inclina hacia la izquierda y vacila,—ya vuelve otra vez á la derecha dudando,—y torna á irse y retorna intranquila,—como mal orientada aguja de un iman.—Fíjase un punto y se detiene como ella...—Del contrapunto arrancándose de nuevo,—de nuevo va girando.—La sardana es la danza más bella—de todas las danzas que se hacen y se deshacen...)

Els fadrins, com guerrers que fan via,  
ardits le punteges; las verges no tant,  
més, devota d'una santa harmonia,  
tote van ele compassos i ele passos comptant.  
Sacerdots els dirieu d'un culte  
que en mística dança sen veuen i van  
emportats per lo símbol occulte  
de l'ampla rodona que 'ls va agermanant...

(Los mozos, como guerreros que hacen su camino—animosos la puntean; no tanto las vírgenes;—pero, devotas de una santa armonía,—todas van los compases y los pasos contando.—Sacerdotes les diríais de un culto—que en mística danza se vienen y van—llevados por el símbolo oculto—del ancho efrente que los va hermanando.)

## SECCION FEMENIL

Bellísimas lectoras del *Íris*: tengo el gusto de presentarme á vosotras espontáneamente para ofrecer los maduros frutos de mi experiencia. Soy viuda en séptimo grado (lo cual quiere decir que he tenido siete maridos). ¡Considerad, amigas mías, si tendré experiencia matrimonial! Me se á los hombres de memoria, y á las mujeres también. No quiero morir sin hacer algún beneficio á mis prójimas, y de paso á mis prójimos (aunque éstos no se merecen ningún favor). Voy, pues, á repartir, desde las columnas del *Íris*, sabios consejos, utilísimas recetas y observaciones provechosas, todo nuevo, todo bueno, puesto que todo he de sacarlo de mi cabeza sin ayuda de nadie. (Ya comprenderéis que se me murió la abuelita).

Con esto queda hecho el programa de la *Sección Femenil*, y me despido de vosotras y me pongo á vuestras órdenes para cuanto gustéis mandarme

*Hortensia López*, viuda de Ruiz, de Perez, de González, de Gómez, de Fernández, de Gutiérrez y de Mantecón.

*Posdata*.—Admito consultas los jueves por la tarde, en la Plaza de Tetuán, número 50, Barcelona.

### CONSEJOS A LAS SOLTERAS

I. No aceptes novio de tu edad, ni más joven. El novio, que podrá llegar á ser el marido, debe tener algunos años más que su novia: por lo menos, seis. Este consejo tiene mucha importancia. Cuando el marido es menos joven que la mujer ó tan joven como ella, á los quince años de casado encuentra vieja y estropeada á su esposa, y busca una compensación.

II. Casi todas las muchachas aceptan un novio *por hablar*, aunque no les guste el sujeto. Habla con tus amigas, ó habla tu sola, ó no hables, pero nunca admitas un novio que no te guste mucho. Las circunstancias pueden hacerte esposa del hombre que tomaste por pasar el tiempo, y que no te gusta; y con tal marido no podrás ser feliz.

III. Nunca te presentes á tu novio estando sin peinar, mal calzada, ó vestida con desalifo. El amor vive de ilusiones y no quiere que se las quiten.

IV. Mientras seas joven y bonita, no dejes de tener un par de novios de reserva.

### CONSEJOS A LAS CASADAS

V. Procura que la luna de miel no se azucare demasiado. Así la prolongarás bastante tiempo.

VI. Vistete para tu marido como te vestías para tus novios.

VII. Adórnate con arreglo á tu edad. No te pintes, ni uses postizos. Péinate dos veces al día: una antes de almorzar y otra cuando vayas á acostarte.

VIII. No admitas criadas guapas, ni confíes en la virtud de las que á ti te parezcan feas.

IX. Trata de que tu hogar se convierta en refugio para tu esposo: no en cárcel.

### CONSEJOS A LAS VIUDAS

X. No cometas la tontería de casarte otra vez.

### CONSEJOS A LOS SOLTEROS

XI. A ninguna mujer le disgusta que la miren, que la sigan y que la elogien, salvo cuando estas cosas pueden estorbarla. Si no tienes habilidad para conocer á que hora estorbas, te darán muchas calabazas y muchos disgustos.

XII. Un corazón femenino desairado por el hombre á quien amaba, no se conquista hablando mal del que le desairó.

XIII. La mujer que afirma siempre todo lo que tú digas, será sorda ó tonta. No te conviene para novia ni para cónyuge.

XIV. Si amas y eres amado, saborea lo presente y no enturbies tu dicha con preocupaciones in-





sensatas. Los goces de una noble pasión dignamente correspondida, son quizás el único bien positivo que nos otorga la fortuna.

#### CONSEJOS A LOS CASADOS

- XV. Toma el matrimonio como un deber, y no como un goce.  
XVI. No metas amigos en tu casa.  
XVII. No luzcas á tu compañera como lucen los tontos una joya de valor.  
XVIII. No elogies en presencia de tu mujer los méritos de otras que valgan algo. Y menos aún los de hombres que valgan mucho más que tú.

#### CONSEJOS A LOS VIUDOS

XIX. Vuélvete á casar, y no tengas miedo. Por muchas que sean las picardías de tu segunda mujer, no serán tantas como las tuyas. Pero cástate con una soltera.

XX. Si tienes hijos, aguanta la viudez. Te debes á ellos antes que á nadie.

#### RECETAS

##### 1.ª PARA ADEHEZAR LA ENSALADA Y LOS TRAJES DE LAS MUJERES

Ya sabréis que una ensalada no puede aderezarse bien si no se emplea un pródigo para el aceite, un avaro para el vinagre, un prudente para la sal y un loco para revolverla.

El buen aderezo de un traje femenino requiere también algo de avaricia, en el lujo; de prodigalidad, en la sencillez; de prudencia, en los adornos, y de locura, para acatar los caprichos locos de la moda.

##### 2.ª PARA TERNERSE EL PELO Y EL CUTIS

Agua fresca. Todo lo demás es una tontería.

Inútil es que busquéis cosméticos que os remocen: ¿á quien engañar queréis, si vosotras lo sabéis y los demás lo conocen?



*Nota.* Donde dice *vosotras*, léase también *vosotros*, porque hay muchos hombres dejados de la mano de Dios que se tifen el pelo y se planchan las arrugas, imaginándose que van á engañar á su fe de bautismo.

#### PENSAMIENTOS

\* El ser humano es un jugador empedernido. Desde que goza uso de razón, lo primero que hace es jugar con su salud: cuando no la tiene, la llama; y cuando la tiene, la despidе.

\*\* Nada te indigne ó te asombre  
en este mundo traidor:  
si esperas algo de un hombre,  
nunca esperes lo mejor.

\*\*\* Cuando quieras averiguar si una mujer es hacendosa, mira cómo tiene arreglado su costurero.

Para averiguar si es limpia, no busques el polvo sobre las alfombras y los muebles: búscalo encima de los marcos de los cuadros, en los palos traseros de las sillas y debajo de las camas.

HORTENSIA



ROSAS, por J. Muncley

Es la pintura de flores una de las manifestaciones más simpáticas del arte, siendo un ínfimo creer que en su cultivo no puede ganarse tanta gloria como en cualquier otro género, para lo cual basta citar los nombres de Bruneghel, Hüysum, David Seghers, Kessel, Fiori, etc., entre los extranjeros, y los de Juan de Espinosa, Arellano, Vanderhamen, Espinós, Menéndez y Montalvo entre los españoles en lo antiguo, y los de Magdalena Lemaire y Riple Renai en lo moderno.

Por de pronto exigen condiciones de colorista de un carácter especial, pues no es lo mismo pintar un objeto *ya pintado*, como son paños, muebles, etc., que un objeto de *color natural*, á lo cual hay que agregar que siendo las flores y las frutas el prototipo de los colores (de donde precisamente el nombre de *color de rosa*, *color de violeta*, *color de naranja*, *morado verde manzana*, *añil*, etc.), nada es más difícil que copiarlos artificialmente. Hay, además, que reproducir las flores en un estado determinado: ya de frescura, ya de marchitez; unas veces en plena lozanía, otras en lastimosa *delicuescencia*, y se necesita para ello mucho estudio.

No hablemos ahora de la dificultad de remedar con el pincel la transparencia, los matices y los reflejos de los pétalos y hojas; la humedad de la savia que todavía queda en las flores arrancadas; la suavidad, aspereza y demás cualidades del tacto, pero, sobre todo, lo que exige es *la composición*. Imposible parece que mediante cierta manera de escoger y agrupar las flores se consigan los más poéticos efectos, sin excluir los más dramáticos, y tanto es así que en una de las novelas de Balzac se analiza el descubrimiento que hace un padre del estado de ánimo de su hija guiándose por la manera de confeccionar un ramillete.

En esas *Rosas* que reproducimos hoy, da muestras Muncley de ser un maestro en el género, que así puede ser decorativo como exclusivamente artístico. Con excelente acierto ha dejado las flores sueltas, sin reunir las dentro de un búcaro, á manera de sepultura, y de esta manera las rosas aparecen más naturales, bastante su agrupación para producir la delicada sensación de un perfumado enjambre, todo suavidad y elegancia.

ALFREDO OPISSO

# hospitalidad

El sol, con torvo saludo,  
se oculta en el horizonte:  
sombra espesa cubre el monte  
y el viejo casallo rudo.

Por la sala principal,  
en donde el hogar flama,  
con recio compás, pasea  
sinistro el señor feudal.

Y es su actitud tan airada  
que brilla, más ardorosa  
que la lumbre de la losa,  
la llama de su mirada.

Maldiciendo de la vida,  
su sueño es la destrucción;  
y se agita cual león  
a quien se encuna una berida.

Y viendo á la humanidad,  
como legión de serpientes,  
expulsa anhelos dementes,  
desecha toda piedad.

Y, cual si al horrible infierno  
de su alma se pondiera,  
recrudece más afuera  
aquella noche de invierno.

Crujen las puertas chapadas  
al soplo del huracán:  
hundidas en nieve están  
ya las rocas escarpadas.

Como á espectros temblorosos,  
y en desgarrador lamento,  
los troncos retuerce el viento  
de los árboles añosos.

¡Ay, triste del peregrino  
que por albergue, en su mal,  
sólo la mansión feudal  
encuentre por su camino!

Ante Don Gormaz, el fuerte,  
una joven se arrodilla:  
Matilde, su hija sencilla,  
fruto de amor que es ya muerte.

Allí, con aquel tirano,  
ella á la vida se asoma,  
cual viviera una paloma  
en el nido de un milano.

—¡Padre!—á decirle se atreve.—  
Es muy grato este aposento;  
mas, á fuera gime el viento  
y cubre todo la nieve.

—¡Perdóname! Un ser, perdido  
en la nocturna nebrura,  
pidió asilo á mi teraura  
y yo se lo he concedido.

Tal vez será castigada;  
conozco la ley severa  
que en este castillo impera  
de á nadie ofrecer posada.

Mas ¡si vieras, padre mío,  
al hacer á alguno un bien,  
como se troca en edén  
el desierto más sombrío!

¡Qué horror, pasar la existencia  
en la soledad, y olandel!  
¡Qué placer, pasarla amando,  
y en medio de la clemencia!

—¡Basta ya! ¡No me desdigo!—  
repuso el hombre implacable.

—¿Y el huésped?—rugió indomable.

—¡Aquí, en mi pecho le abrigó!

Y abrió las blondas, que el cuello

adornaban como flores,  
y su seno, entre temblores,  
lanzó un nítido destello.

Y vióse, allí, recogido,  
dulce reposo gustando,  
un pájaro que cantando  
estaba como en su nido.

—¿Dejas tus brazos empuñados?

—Tendré por guía, Matilde,  
la bondad de tus ensueños.

—Y ya que más te asombré,  
pues compadecer ya sabes,  
¿amarás, como á las aves,  
faltas de amparo á los hombres?

—¿Y ya á la hospitalidad  
jamás tu puerta se cierra?

—No marcha, al parda la guerra,  
su hermana, la caridad?

—Sonríe el padre, y besó  
la faz de su hija sencilla,  
y á igual tiempo la avecilla  
un canto de amor lanzó.

JOSÉ DE SILES





# PEPITORIA

## BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

*Teresita*, por Julio Ruiz Montero.

*El Capitán Burle*, por E. Zola.

*Las sendas de Dios*, por B. Björnson.

*El monstruo*, por Carlos Bodin.

*Naida Micoulin*, por E. Zola.

*El sillón fatal*, por Pedro Newski.

*Un orrion infame*, por E. Mürger.

*Noche trágica*, por E. Daudet.

*Un Drama sangriento* (dos tomos), por Luis Jacolliot.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkevitz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Serano, 14.

—Aprisa, hombre, aprisa. —¡Déjame mujer! ¡No puedo seguir!  
—¡Ay que callos! —¡No es más que eso?  
Los cura el LADIVONSIM.

El intrépido versificador Sr. Carrulla (D. José María) constante en su empresa de poner en verso el *Sursum corda*, ha acometido la valerosa empresa de poner en verso la *Imitación de Cristo*, no bastándole la gloria de haber hecho igual operación con la *Biblia*.

Es de esperar que el infatigable poeta no acabe aquí sus hazañas proezas y ponga en verso la *Suma* de Santo Tomás y el *Bullarium* Ro-

manun; el *Año Cristiano*, la *Teología*, de... cualquier teólogo y las obras de Balmes.

## CANTARES BATURROS

El cura quí treinta riales por decir una misica; pué que esta vez se los pague pero pué que no ripita.

El rucio que tié tu tío, ma pegao en mitá del pecho; porque me dió sin malicia, no lo deslomé allí mismo.

Hi descudiao la vífica por hacer que me quisieras, y resulta que hi perdido la mujer y la cosecha.

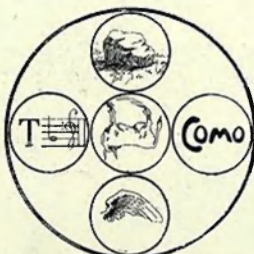
Mañana mu trampanco, de Zaragoza me marchó; si quieres que me dispida bi de subir á tu cuarto.

Anoche dimpués de vete, cuando salí por tu puerta, me metí en el estomago la lanza de una carreta.

Mi mujer y un huertecico los tengo ya medio año; el huerto ya me da frutos y mi mujer malos ratos.

LUIS DEL ARCO

## JEROGLIFICO REVUELTO



Ordénense estos cinco fragmentos para que se pueda leer un refrán.

## NOVEJARQUE

### LOS AMORES DE PEPILLA

A una legua próximamente de una aldea y al pie de un cerro llamado el de los Martirios, se encontraba Pepilla casi todos los días en medio de una frondosa alameda, donde por costumbre tenía con su amante la cita pactada.

A la par de un manantial de agua de donde se surtían todos los aldea-

nos de aquel contorno, se cambiaban palabras cariñosas, propias de jóvenes y enamorados.

Si la gratitud de Pepilla que hace diez y siete años se venían amando no tenía por menos que su amante pagarle el mucho cariño que desde la infancia se creían felices antes que llegara la noche de desposados.

Los padres de la hermosa criatura contentos y deseosos de ver á dos hijos del trabajo, que luchan para unirse en un solo pensamiento los acogió en su seno.

ANGEL MACÍ

La solución en el próximo número.

## SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Máxima incógnita.—



Dividiendo por donde indica este diagrama, queda partido en dos partes iguales y en una de ellas se puede leer:

Quien no sabe disimular no sabe retinar.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Habacuc.—Madrid.—No puedo insertar las cuartetas porque en todas ellas abunda horriblemente las dos primeras sílabas de un pseudónimo.

J. R.—Sevilla.—Se publicaron los cantares que son excepcionalmente ingeniosos y originales.

P. M.—Soria.—Creo que se anticipa usted de masiado en sus pronósticos.

M. S.—San Sebastián.—Pero, tigre de Hércules, usted quiere que... ¡Vaya retro!

P. P. W.—Palma de Mallorca.—Eso se lo cuento a otro que no tenga miedo al alma de Fernando Poo. ¡Parece se hayan puesto de acuerdo su mercader y el donos lierra de arribar!

R. J. T.—Barcelona.—El exceso de original, etcétera.

F. B. San Fernando.—Ídem de ídem, etc.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

